

repete dos discípulos del santo pontífice exclaman: «Hermanos, pidamos á Dios que se digne descubrirnos las reliquias del santo mártir.» Arrodillanse todos, empiezan á orar, y al punto el mar se retira hácia adentro, dejando el suelo enjuto para que todos pudiesen visitar el milagroso sepulcro que el Señor habia preparado al santo mártir en medio de las ondas, y en el profundo de su abismo. Asombrados del prodigio comienzan los fieles á caminar á pié enjuto por el lecho que ocupaban ántes las aguas, y se hallaron con un templo de mármol, fabricado por mano de ángeles; un sepulcro, en que estaba el cuerpo de san Clemente, y al lado de él la áncora con que habia sido arrojado al mar. Todo el país quedó sobrecogido de asombro; al asombro sucedió el convencimiento de la divinidad de nuestra santa fé; al convencimiento la simpatía; de la simpatía se engendró el amor; el amor produjo el entusiasmo, que hizo abrazar á todos los circunstantes la verdadera religion; de suerte, que no quedó alli ningun pagano, ni judío, ni hereje.

Confesemos, pues, que Clemente, con su muerte, engrandeció tambien al Señor. Su vida fué un ejemplar de virtudes en la que se vió retratada la perfeccion del Evangelio; su muerte fué un modelo de celo y de constancia, en que se ostentó de un modo admirable su divinidad. Viviendo, hubo de luchar con el vicio, hacer frente al error, y triunfar de la seduccion; y en esta guerra tan peligrosa salió vencedor, sin que su alma se contaminase con los impuros miasmas de la corrupcion, que infestaban un suelo víctima entónces de la iniquidad poderosa. Muriendo, hubo de combatir la lisonja unida á la crueldad; y ni la crueldad pudo acobardarle, ni la lisonja moverle á desertar de los estandartes de Jesucristo; por manera, que vivió como santo y murió como héroe; y en todos conceptos tuvo derecho á decir con el Apóstol: «Engrandecido será Cristo en mi cuerpo, tanto en la vida como en la muerte.»

Animémonos, hermanos míos, á marchar por las huellas que nos dejó marcadas San Clemente. Herederos de su fé, seámoslo tambien de sus virtudes: depositarios de sus creencias, no desdigamos de su constancia en sostenerlas. Triunfemos como él de los vicios del mundo, ofreciendo en nuestra vida una prueba ostensible de la santidad del Evangelio: triunfemos de sus lisonjas y de sus errores, dando, si es necesario, con una muerte gloriosa, un testimonio inequívoco de su divinidad. ¿Quién nos lo impide? El Dios de Clemente es nuestro Dios; seámosle fieles, y todo lo podremos con su gracia. Dichosos entónces en esta vida, lo seremos incomparablemente más en la mansion de la inmortalidad, que á todos os deseó.

PANEGÍRICO

DE SANTA COLETA, VIRGEN

Y REFORMADORA DE LA ÓRDEN DE SANTA CLARA.

Optimam partem elegit quae non auferretur ab ea.

Ha escogido la mejor parte, de que jamás será privada.

(Luc. x, 42.)

La perfeccion evangélica es una montaña de una altura incommensurable. Sus bases arrancan desde los hondos fundamentos de la fé y de la humildad; su cima, descollando sobre todo lo terreno, vá á esconderse allá entre las nubes de gloria. La perfeccion evangélica es una escala, que desde nuestro corazon se levanta hasta Dios. Compartida está en escalones diversos; ángeles suben y bajan; es una vía de comunicacion que Dios nos abre, y por la que nosotros debemos ir continuamente; sea ascendiendo con afectos y aspiraciones, sea descendiendo para ejercitarnos en las obras de caridad.

Bien sabeis, católicos, que aún en el universo visible, en el globo que habitamos, hay diferentes mansiones, y que sirven de mansion respectiva á tal ó tal clase de seres. El pez habita en las aguas, el cuadrúpedo paca en las praderas, la casera paloma apenas levanta su vuelo sobre los tejados, el pajarillo se cierne en los aires, el águila se eleva hasta los confines del éter. Mas allá, otra clase de seres más sutiles y ménos complicados que los terrestres animales. Todo en la creacion forma y constituye una graduacion admirable, que aunque distinta en sus partes integrantes, forma un conjunto armonioso, ordenado, multiforme.

Igual paridad se manifiesta en el místico universo de las relaciones del alma con la divinidad. Hay almas que no osan levantarse, y se están quedas en las regiones inferiores de la gracia. Hay otras,

un poco más osadas, que dejando de vez en cuando las terrenales honduras, se deciden, aunque costándoles mucho, á subir hácia lo alto de la montaña espiritual, sin sostenerse empero en este noble empeño. Más animosas y desprendidas, otras almas se anidan en las alturas mismas, aunque sin perder tierra. Algunas almas privilegiadas se levantan en alas de amor divino por los aires; su elemento es lo elevado, y sólo las necesidades de la vida les hacen tomar tierra para volver otra vez á encumbrarse. En esta nueva region hay espíritus seraficos, cuyo vuelo se pierde de vista; hay otros, que por disposición del Eterno, se esconden al humano conocimiento; y sólo Dios conoce la region en donde se elevan estas almas bienaventuradas.

Hermosa y consoladora perspectiva es para nosotros la que presenta esta hermosa graduacion. Miéntas que nosotros, tímidos y poco resueltos, no osamos salir del estrecho recinto de nuestro amor propio y de nuestras conveniencias temporales, almas generosas y grandes se remontan de region en region, para que no falten al divino Criador esos admirables órdenes jerárquicos, que ha establecido en su reino espiritual de la Iglesia. Si, por una parte, la vista de estas grandes almas acusa nuestra pereza, por otra nos anima á sacudirla, y nos produce un gozo inefable el ver, que nuestros hermanos se comuniquen tan intimamente con Dios, y que Dios honra tanto á nuestra humana naturaleza. El objeto de estos cultos nos presenta uno de esos espíritus elevados, que no contentos con lo más elevado que podía presentarles una vida ordinaria y virtuosa, aspiran á cosas mayores. La bienaventurada Coleta observaba la Regla de santa Clara, tal como se practicaba en su tiempo; pero, para una alma como la suya, para un corazon como el suyo, no podía bastar una observancia mansa é imperfecta de una de las más ilustres Reglas, y emprendió su reforma, que llevó á cabo y subsiste hoy mismo auténticamente autorizada. Practicaba lo bueno, pero escogió lo mejor. *Optimam partem elegit*. En este breve discurso voy á haceros ver, que santa Coleta, movida de un santo celo, escogió para sí y para sus hijas la mejor parte en el servicio de Dios. Haga el Señor que mis palabras abracen vuestros corazones en el amor de Dios y en el de servirle; pídalemosle esta gracia por la mediacion de nuestra amantísima Reina, saludándola con el ángel: *A. M.*

Una de las propiedades del amor es, la de parecerle, que nunca hace bastante por el objeto amado. De ahí esa continua solicitud de una madre que se desvive por sus hijos, y todavía le parece quedarle algo por hacer. De ahí esa tierna solicitud de una amante esposa para

con su esposo, por quien le parece poco todo lo que hace por complacerle, y merecer su cariño. De ahí, en el corazon que ama con pureza, desinterés y desprendimiento de sí mismo, ese deseo, nunca satisfecho, de esmerarse más y más en el cumplimiento de la voluntad del objeto amado, en ajustar sus acciones y hasta sus menores movimientos conforme al modelo del corazon de su amado. Y si esto sucede en el amor puro, natural, tal como lo hemos descrito, ¿qué será en la religion del amor divino, en donde el Amado es un Dios infinitamente bueno é infinitamente amante de sus criaturas? ¿Qué será en la religion del amor divino, en donde el soberano amante Jesús eleva á las almas que finas le aman á la dignidad de esposas suyas, en donde el soberano amante Jesús lo hace todo en sus esposas, y las recompensa despues con largueza infinita, como si todo lo hicieran ellas? No os admiréis, pues, amados míos en el Señor, que el amor divino presente á la faz del mundo esos fenómenos verdaderamente sobrehumanos, que nos sorprenderían si no conociéramos el agente que les dá vida y movimiento, y la calidad del sugeto recipiente. El amor divino, aunque uno en su objeto y móvil, es múltiple, es variado hasta lo infinito, en las formas prácticas que presenta su aplicacion en el curso de la vida humana. En la bienaventurada Coleta estas prácticas han sido muchas, y todas á cual más interesante. Escogeré las más á propósito para moveros á su imitacion, y las que más cautiven vuestra atencion piadosa.

El punto de vista general, bajo el cual debemos considerar el conjunto de la vida de la bienaventurada virgen Coleta, es el de la perfeccion evangélica. No se contentaba Coleta con la simple práctica de los mandamientos generales de la ley del Señor: para un corazon fino amante de Jesús crucificado, y crucificado por amor de nosotros ingratos y pecadores; para un corazon enamorado del divino Esposo de nuestras almas, esto era poco, era muy mezquino; llevaba el carácter del propio provecho, del espiritual egoísmo; y el corazon de Coleta no era egoísta, no tenía por mira principal su propio provecho, sino el provecho de Dios, el agrado de Dios. Y hé ahí esa tendencia prodigiosa y no interrumpida hácia lo más perfecto. Manifestóse en Sta. Coleta este deseo de perfeccion en todos los actos de su vida, y respecto de todas las virtudes: nos concretaremos á hablar de su no interrumpida perfeccion respecto de la virtud de la castidad; respecto de su caridad y celo por la conversion de los pecadores; respecto de la penitencia; respecto de un inmenso deseo de sufrir por el amado Jesús; respecto de su devocion al santísimo Sacramento. Dios hizo ver al mundo la perfeccion de su sierva; obrando

por su medio muchos milagros. Recorreremos estos puntos con mucha brevedad.

Y desde luego fué perfectísima en la virtud de la castidad. Desde su más tierna niñez admira su modestia, su retiro, su gran cuidado en evitar, no solo la menor mirada á los niños, jóvenes y todo hombre, sino hasta la compañía de amiguitas suyas, más ó ménos desenvueltas, aunque siempre inocentes. Cuando más grandecita y entrada en la primera adolescencia, no se contentaba con evitar todo lo que pudiera dar ocasion, aún algo remota, de empañar en lo más mínimo el terso cristal de la santa virtud, sino que llena de celo por la gloria de Dios, reprendía severamente cualquier accion ménos decente. El Señor la habia dotado de cierta belleza, que atraía hácia sí la atencion de unos y otros. Súpose por una casualidad, pues, que la santa doncellita, ocupada siempre en Dios, jamás se cuidaba de sí misma; y esto bastó para pedir fervorosamente al Señor, se dignara quitarle esa belleza, y le volviera su rostro desagradable á la vista de los otros. El Señor la oyó; y de la noche á la mañana, sus padres y todas sus amigas se pararon en la mudanza de su rostro, que sin quedar feo, no presentaba ya aquella hermosura lozana, porque tanto temia Coleta, no por sí, sino por los demás.

Séame permitido, amados míos en el Señor, el detenerme algun tanto sobre este incidente de la primera adolescencia de Coleta. Comparad, os suplico, comparad la discreta y santa conducta de nuestra Santa, con la de las jóvenes de nuestras familias. ¿Encontrareis alguna de las muchas que conocéis que imite á Sta. Coleta en este particular? ¿No estais viendo, al contrario, este afán de nuestras doncellas cristianas en agradar á los que no pueden sino perderlas? ¿No estais viendo esta furiosa pasion, de querer parecer más hermosas que sus compañeras, que las demás de su igual? Venid conmigo, y asistid con fastidio y dolor á una escena, que pasa en un aposento de la casa. Hace ya dos horas que la señorita entró en el tocador, y todavía no puede recibir, todavía no puede presentarse á la sala de recibimiento. ¿Qué hace esta infeliz criatura? ¿Qué hace esta jóven insensata? Perderse y perder á los demás. A fuerza de atavíos quiere parecer hermosa. Si su rostro carece de belleza, ¿cuántos coloridos, cuántas esencias, cuántas drogas miserables no se ponen á contribucion para ocultar sus defectos? El tiempo que emplea una mujer en su tocador más de lo necesario para presentarse decente, y convenientemente á su estado, es un tiempo empleado en el TALLER DE SATANÁS. No pudiendo detenerme mucho en cada virtud de nuestra admirable Santa, me limito á deciros respecto de su acendrado amor á la castidad,

que no dejó piedra por mover hasta que tuvo la dicha de consagrar su virginidad en el Orden de Religiosas de Sta. Clara. Que una vez entrada en él, y hecho sus votos, todas sus hermanas de Religion quedaron asombradas de la severidad con que se refrenaba sus sentimientos, especialmente el de la vista; de la constante solicitud en huir absolutamente la compañía de hombres por muy santos que fuesen; de la extrema dificultad con que se presentaba al locutorio para tratar aún de negocios licitos, justos, santos. Sabia la Santa, que la castidad se empaña con el menor vaho, y que no basta ser casta de cuerpo, sino que es menester serlo de espíritu. Solo os diré, en fin, que no omitió cautela para poner sus Religiosas al abrigo de toda maligna sugestion exterior contraria á esta santa virtud.

Otra de las particularidades que nos presenta la vida de Sta. Coleta es, un celo ardiente por la conversion de los pecadores. Este celo empezó desde su niñez, y creció á medida de su edad. ¡Ah católicos, cuánto consuelo nos dá el deber hablaros con esta ocasion de uno de los principales motivos de la Redencion! «No he venido á buscar á los justos, sino á los pecadores para que hagan penitencia.» ¡Palabras consoladoras! ¡Palabras llenas de caridad! ¡Palabras llenas de confianza! No desconfieis, pues, desdichados pecadores; no desconfieis. Nuestro divino Redentor os asegura, que descendió por vosotros desde el Cielo á la tierra; que vino á buscaros. ¡Oh amor incomprendible de un Dios, aún para sus hijos desleales! ¡Ah, católicos! cuando leo la parábola del Hijo pródigo, y veo que nuestro buen Jesús se la aplica, diciendo en términos expresos, que más gozo hay en el Cielo por la conversion de un pecador, que por la perseverancia de *noventa y nueve* justos; ¿quién no sentirá su corazon llenarse de esperanza? Cuando leo la conversion de la Samaritana, y veo las fatigas que toma voluntariamente nuestro infatigable Salvador por obrar esta conversion; ¿qué corazon humano no se siente animado de confianza en un Dios tan bueno, de amor á un Dios tan generoso? La conversion de los pecadores, la caridad, la compasion, el deseo de arrancar de las garras del infernal leon á los infelices pecadores, tocaban tan al vivo al corazon de Jesús, que todos los pasos de su vida sagrada están sellados con esta divina marca! Ahora bien, amados en el Señor: una alma que tan tiernamente amaba á Jesús; una esposa, que tanto ajustaba su corazon al Corazon de Jesús; una Santa, que tanta solicitud habia mostrado desde su primera niñez en no tener otros deseos que los deseos de Jesús; otro amor que el amor de Jesús, otra voluntad que la voluntad de Jesús, ¿podia no dejarse abrasar de celo por la conversion de los pecadores?

En efecto, católicos; uno de los más constantes objetos de la caridad de Sta. Coleta fué la conversion de los pecadores. Oraba de continuo y con el mayor fervor, pidiendo al Señor la conversion de todos los pecadores; afligia su cuerpo, ayunaba, practicaba todo género de austeridades para aplacar la ira del Señor, y atraer sobre ellos sus eternas misericordias. Pedia para sí el ser afligida y castigada, con tal que, dándose Dios por satisfecho de sus penitencias, les abriese los ojos para que conociesen el triste estado de sus almas. Encomendó á sus hijas hiciesen oracion muy particularmente por la conversion de los pecadores; y no omitió medio, que estuyese á su alcance, para exhortar por sí misma, ó por otras terceras personas, á la confesion de sus pecados, y á su debida expiacion.

La penitencia de Sta. Coleta fué tambien ejemplarísima. Y esta penitencia era efecto de su acendrado celo de perfeccion. Consideraba Coleta á su cuerpo como una víctima, que, continuamente, debía ofrecer en holocausto en los altares de la penitencia cristiana; y de ahí esa continua privacion de sus gustos, aún licitos, é indiferentes; esa severidad en el uso de sus sentidos, de que jamás se servia sino para el cumplimiento de sus más estrictos deberes; sus ojos, sus oídos, su lengua, sus miembros todos estaban continuamente refrenados. Sus ayunos no se interrumpian; pasaba cuaresmas enteras á pan y agua; no usaba del vino sino cuando sus continuos achaques se lo hacian necesario. Si la Obediencia le prescribía, por razon de salud, el uso de algunas viandas, lo hacía con tanta parsimonia, que para la Santa era mayor penitencia esto que se pretendia desahogo, que no lo seria su habitual y ordinaria mortificacion. A estas mortificaciones añadía diarias disciplinas, cilicio continuo, tener por cama unas tablas, por colcha una jerga, por vestido el paño ó tela más grosera que se encontraba.

Empero, la penitencia de Coleta no se limitó á sola su persona; supo inspirarla á sus hijas; y este deseo de continuar la penitencia la movió á reformar la Orden fundada por Sta. Clara. Había recibido su Regla muchas modificaciones, y estaba en muchas provincias tan mitigada, que habia perdido, no solo su primitiva austeridad, sino hasta el espíritu mismo de la Santa en muchos puntos harto esenciales. Vivía, sin embargo, Sta. Coleta, en uno de los conventos de esta Orden, en la Picardia, país de Francia, dirigida, en cuanto á su conciencia, por el padre Enrique de la Balme, ó de la Baume, hombre muy santo, y muy conocedor de los espíritus. Ejercitaba nuestra bienaventurada Coleta su Regla con la mayor puntualidad, ayunando, como llevamos dicho, las cuaresmas á pan y agua, con otros ejerci-

cios convenientes. Meditando cierto dia como agradaría más á su divino Esposo, fué arrobada en éxtasis; y en este arrobamiento extático Dios le dió á conocer el lamentable estado de las personas religiosas que se han relajado, y que se descuidan en cumplir con puntualidad y fervor los deberes de su instituto. El dolor que le causaba esta representacion, le hacia derramar un torrente de lágrimas; é inundada en él, parecióle ver al patriarca S. Francisco, y á la santísima Virgen, que la presentaban á Jesucristo, como un instrumento propio á hacer revivir el espíritu del instituto entre las Religiosas del Orden de S. Francisco, que se habian relajado de su Regla primitiva.

Por más que nuestra Coleta desease ver revivir el fervor entre sus hermanas, y aunque por otra parte viese, que todos los monasterios de la Orden de Sta. Clara habian decaido de su brillo antiguo, y que las hijas apenas retenian, ó conservaban el nombre de su madre; la alarmaba, empero, y la retraía mucho, la cualidad de REFORMADORA y de SUPERIORA que debía pesar sobre ella. Su humildad le hacia temer algun engaño de parte del demonio, porque no podia figurarse ella que Dios quisiese servirse de una criatura tan vil y tan imperfecta para reformar á las demás. No cesaba, pues, de alegar pretextos á su confesor para excusarse de una empresa tan delicada, y para ella tan terrible. Su confesor le mandó, pues, se sometiese á la voluntad de Dios; y Coleta, habiendo querido todavía persistir en su humilde retiro, quedó, por de pronto, muda; poco despues, ciega; ambas cosas, súbitamente, y sin que nada las hiciese prever. Temió la Santa no fuese un aviso del Cielo, y se sometió sin condicion á lo que Dios quisiese hacer de ella. Recobró la vista y el habla en el instante mismo de su sumision; y asistida del referido venerable religioso franciscano P. Enrique de la Baume, ó Balme, y de una señora rica, que les proporcionó recursos, emprendió la Reforma, dando los pasos convenientes, y trabajando activamente á la fundacion de nuevas casas en Francia, Italia, España y Alemania. La Santa, á fuerza de ruegos y de muchos trabajos, y venciendo un sin fin de obstáculos que se le presentaban, tuvo la dicha de ver plantada y arreglada la Reforma de la Orden de Sta. Clara. Y así perpetuó Coleta en su Reforma el espíritu y la práctica de la penitencia que tanto amaba.

Si lo que acabamos de decir prueba el deseo que tenia Coleta de sufrir tanto, pues que amaba la penitencia, lo que vamos á referir vá mucho más adentro en la perfeccion del amor de Dios. El Señor, que queria hacer de su sierva una gran Santa, la envió toda suerte de trabajos y de tentaciones. Permitió Dios, que su sierva fuese perseguida por unos y calumniada por otros. Permitió Dios, que acha-

ques continuos, y enfermedades agudas la ejercitasen en la paciencia y en la resignacion. Permitted Dios, en fin, que su sierva pasase por pruebas terribles. Todo esto era prepararla convenientemente para ser reformadora de un Orden, que aunque ya santo, habia sin embargo decaido algun tanto. La conducta del Señor, respecto de su Iglesia, es: la de dotar de prendas convenientes al personaje providencial que Dios debe levantar del seno de la humanidad. La bienaventurada y humilde virgen Coleta, destinada á ser reformadora de una familia fundada por una santa, como Clara de Asis, justo y conveniente era, que tuviese prerogativas que pudiesen hacerla una segunda Clara, y, por consiguiente, una gran santa. Dios la hizo UNA y OTRA, como habeis podido verlo, y como vereis todavia por lo que me resta que decirlos.

Y efectivamente, católicos; además de las pruebas á que Dios quiso someter á Sta. Coleta, le reservó una, de que se hallan muy raros ejemplos, si es que lo hay uno segundo. Como nuestra Santa era amantísima de la Pasion de nuestro divino Salvador, y que la meditaba continuamente y continuamente la tenía en su presencia, le pidió fervorosamente al Señor, la hiciese sentir por el amor de Él todos los martirios de todos los mártires, hacerla padecer en espíritu un martirio universal. ¡Oh heroica mujer! ¿qué pides? ¿qué pretendes? ¡Ignoras, acaso, que el martirio es una prueba la más dura, la más temible á nuestra naturaleza? Pero, ¿es que el amor discurrer? ¿Quereis encontrar esa calma filosófica que todo lo pesa, esa que se llama sangre fría en un corazon que se abrasa, en un corazon que rebosa de amor? No; nuestra Santa hace patentes á Dios sus deseos; Dios los conoce, conoce la pureza de ese corazon que los concibe, conoce la santidad de ese corazon que los forma, conoce la humildad, conoce el celo, conoce todas las virtudes de que es templo y morada ese corazon; y Dios, atraído por tantas prendas, quiere obrar en ese corazon las maravillas de su poder divino; y ese corazon será el teatro en donde la Divinidad hará reproducirse un martirio universal. Así fué, católicos; la bienaventurada Coleta sintió al vivo el martirio de S. Estéban, apedreado; de S. Lorenzo y Sta. Inés, quemados vivos; el de Vicente, mártir, cruelmente destrozado. Sintió Sta. Coleta en su corazon al vivo toda clase de martirios, que ni el tiempo ni la historia nos permitiran referir. Oyóla, pues, el Señor; y participó, en espíritu, de la aureola de todos los martirios. Y Coleta se presentó victima universal para aplacar al Señor por los universales ultrajes.

Por fin, como prueba de su celo y perfeccion, nuestra bienaventurada Coleta fué en extremo fervorosa en su devocion al santísimo Sa-

cramento del Altar. Seria muy prolijo referir los favores celestiales que nuestra Santa recibió en el angusto Sacramento. Su devocion comenzó desde la niñez, y fué siempre en aumento, como nos lo atestiguan las crónicas de su Vida. Comulgaba muy frecuentemente, y la santa comunión producía en Sta. Coleta efectos maravillosos. Unas veces se la veía arrobada despues de la comunión; otras quedaba curada repentinamente, despues de comulgar, de achaques inveterados. Las tentaciones y aflicciones con que era constantemente probada, cesaban con la santa comunión, y no volvian á aparecer hasta que no cesase el éxtasis ó altísima contemplacion con que Dios la favorecía. En estas divinisimas comunicaciones sacaba nuestra Santa sus fuerzas para nuevos combates; y así es, que jamás se la vió desfallecer en medio de las más criticas circunstancias. Y para que se vea con cuanta solicitud conducía Dios á esta alma, en una ocasion en que debia comulgar, el sacerdote que decia la misa en altar, en donde no habia reserva ó tabernáculo, olvidó, disponiéndolo el Señor así, el consagrar una segunda forma para dar con ella la comunión á nuestra Santa, á la sazón de viaje. El sacerdote, confesor suyo, olvidó el darle la comunión; pero al acabar la misa se advirtió, que la Santa experimentaba los mismos favores que recibía cuando comulgaba. Preguntando, pues, á la Santa sobre aquella novedad, respondió humildemente: «Que nuestro Señor mismo se habia dignado ofrecerle con sus propias manos su preciosísimo cuerpo.» Dejó á vuestra reflexion la sorpresa del venerable confesor de la Santa. En cuanto á mi toca, os confieso ingenuamente, que este hecho no me sorprende, y que solo prueba la infinita bondad de Dios, que trastornára mil veces la naturaleza, si menester fuera, por no privar al alma que fina le adora y se le sacrifica, del menor de sus dones, si es que entre éstos haya ninguno menor.

¿En vista de una vida tan prodigiosa hay que extrañar, el que Dios haya obrado muchos milagros por su intercesion? En todas partes donde, ó por donde pasa nuestra Santa, deja, más ó ménos, señales de los prodigios que Dios obra por su intercesion. Seria no acabar el referir tanto como la historia de Coleta nos presenta de prodigios; Y solo me contentó con decirlos, que ha sido una de las Santas por cuyo medio ha obrado el Señor más milagros en su siglo.

De todo cuanto os he dicho en este breve rato resulta, que nuestra Santa fué perfectísima en la castidad, perfectísima en la caridad para con los pobres, y para con los pecadores; perfectísima en su penitencia; perfectísima en sus pruebas, dolores y trabajos; perfecta en su devocion al angusto sacramento de la Eucaristía, haciéndola así

el Señor una digna sucesora de Sta. Clara, su madre en religion. Esforcémonos en imitarla; de este modo lograremos por su intercesion acompañarla en el Cielo, con el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Amen.

PANEGÍRICO
DE SAN COSME Y SAN DAMIÁN.

Illi viri misericordia sunt, quorum pietates non defuerunt.

Aquellos fueron varones misericordiosos, cuyas obras de piedad no han caído en olvido.

(ECCLES. XLIV, 10.)

La inconstancia del hombre, que como innata acompaña á nuestra naturaleza debilitada por la culpa, de tal manera corta el hilo de los buenos propósitos é interrumpe las acciones más gloriosas, que, á pesar de nuestros desvelos, cuando nos lisonjamos de caminar más velozmente, experimentamos en ella una rémora que nos detiene, ó tal vez un escollo que nos destroza. La virtud, y aún la fama y gloria, suelen tener pocos seguidores, aunque son muchos los que emprenden el camino que á ella los dirige. Busca un hombre el honor en el ejercicio y cumplimiento de las obligaciones más gloriosas; y si á los primeros pasos no le halla, en breve ceden sus impulsos. Pretende otro llegar á la cumbre de la virtud; y cuando victorioso triunfa de formidables riesgos al principio de sus fervores, al poco tiempo llega cobarde á asustarse de las sombras. De donde proviene el intolerable desórden que se advierte en el mundo: las artes lloran su falta de perfeccion; las dignidades suspiran, viéndose sujetas á venir á las manos de los que las buscan por faltar quien las merezca; las repúblicas no encuentran miembros que puedan sostenerlas; y la Iglesia de Dios apenas halla quien le dé su esplendor y brillantéz. Si el hombre, abatiendo los vuelos de su soberanía, dejase de gobernarse por sí mismo, y poco satisfecho de su conducta pusiese á otros por norma de sus acciones, yo creo bien que serian ménos los yerros, saldrian más arregladas sus obras, y tendria más constancia en sus determinaciones; porque el temor y respeto le contendrian en su

oficio, y el buen ejemplo excitaria su aplicacion y vigilancia. Yo os pudiera demostrar esta verdad con solo ponerlos delante á Roma, aquella gloriosa Roma, que si supo jactarse de las victorias de los Augustos, los Brusos, los Vespasianos, los Trajanos, solo debió estos laureles á la imitacion fiel de la conducta de los Escipiones Africanos, los Lucios Lúculos, los Cneios Pompeyos y los Cayos Julios. Si logró ver la justicia reinando en los decretos de su senado, se confiesa deudora de ello á los Catones, Metelos y Tulios. La Iglesia misma, no miraría gozosa en su seno los copiosos y sazoados frutos de tantos hijos célebres en santidad y ciencia, si en la explicacion de sus dogmas y práctica de sus verdades no hubieran tomado el saludable consejo, de seguir las huellas de los que, dados por Dios como esclarecidas lumbreras, debían ser los guías de los rebaños del Señor. Finalmente; en todas las artes y oficios han juzgado necesarios sus profesores, elegir alguno cuya vida los contenga, cuyas obras los animen, cuyo celo los encienda, y á cuyo modelo puedan nivelar todas sus acciones. Un ejemplo tan justificado por la ley, como acreditado de útil por la experiencia, no pudo ménos de tomarse la noble facultad de Medicina, viéndose tanto más necesitada de un guía que la gobernase, cuanto son más oscuros sus conocimientos, y más falibles en la práctica, más arriesgadas sus operaciones y más fatales las consecuencias de sus yerros; pues, no se trata en ella de bellezas naturales, no de bienes de fortuna, sino de la vida de los hombres, en que consiste por la mayor parte la felicidad de las repúblicas.

Era forzoso emplease todas sus fuerzas en buscar entre sus mismos profesores algun héroe, que con la perfeccion de su ciencia y santidad de vida estimulase á sus discípulos, despertase á los dormidos, excitase á los flojos, y á todos contuviere en el exacto cumplimiento de su ministerio. Pero, cuando en otras artes fatigaba la escasez de tales profesores, aquí la abundancia hacia vacilar. Un san Lucas, médico de profesion; un Zenobio, que padeció en Antioquia; un Ciro, médico de Alejandria, degollado en Capnopo, ciudad de Arabia; un Ursicino, mártir en Ravena; un Pantalcon, en Nicomedia; los santos Ciro y Juan en Alejandria; san Codrato, que no contento con padecer el solo el martirio, excitó con sus palabras y logró tener por compañeros en su muerte á todos los médicos de Corinto; un S. Alejandro en Leon de Francia; S. Antioeo en Sebaste; los santos Ravenno y Rasifo en la Bretaña; S. Diomedes en Nicomedia; S. Avestes en Teane de Capadocia; y los santos Liberato y Emiliano en Africa bajo de Hunnerico; y otros y

otros pudieron pretender el honor del patronato. Pero, si bien cada uno de esos modelos pudiera ser objeto digno de los cultos y veneracion del real tribunal del Protomedicato, que como cabeza contiene en sí las veces y facultad de todos los profesores de medicina; con particular consejo, y no sin inspiracion del Cielo, eligió por norma de sus acciones y singulares patronos á los esclarecidos mártires de Arabia, S. Cosme y S. Damián. Su ejemplar vida, sus gloriosas acciones, presentan á la vista del mundo como en un lienzo, unidas cuantas perfecciones características de esta facultad se miraron en todos los demás distribuidas. Y hé aquí ya descubierto el asunto de mi oracion: Cosme y Damián merecieron el honor de médicos perfectos por su ciencia, desinterés y caridad. Mas, ante todas cosas, imploramos los auxilios de la gracia por la intercesion de la Virgen: A. M.

Manifiestar á los gloriosos mártires S. Cosme y S. Damián como valerosos atletas de Jesucristo, luchando en defensa de su fé contra todas las potestades del abismo, hasta alcanzar la más cumplida victoria, muriendo por el Señor, aunque sería muy útil para avivar nuestra fidelidad, excitar nuestra torpeza, y confundir nuestra pusilanimidad; tal vez pudiera dar ocasion, á que mirasen algunos sus vidas más como objeto de admiracion que como idea ó ejemplar de la direccion de las obras, ó á que tuviesen esta oracion por un panegirico de aquella grandeza con que Dios se muestra admirable en sus santos, y no como en realidad es, una descripcion laudatoria de aquellos hechos de los santos, que deben servir de norte á los profesores de medicina. Los estupendos prodigios que se admiraron en la dilatada série de sus penas, aunque por la parte que sirvieron á prolongar su martirio, hicieron brillar su relevante mérito, principalmente ofrecen á nuestra consideracion aquella singular providencia con que el Señor cuida á los suyos, y haciendo uso del brazo de su poder, ensalza á los que el mundo intenta abatir, y confunde á los fuertes por medio de los flacos. No dudo que nuestro corazon se llenaría de regocijo alabando la bondad divina, si oyeseis, que despues de padecer las incomodidades de la opresion y hediondez de una cárcel, siendo sentenciados al fuego, apenas son arrojados en sus llamas, cuando irritados todos los elementos se arman para el castigo de los impíos, y se preparan á la defensa de los justos. La tierra, estremeciéndose con violencia, abre bocas para quejarse de la injusticia: el agua del cielo se desprende para refrigerar á los mártires; y saliendo de sus cavernas los vientos, esparcen impetuosamente las llamas que, llevadas en sus alas, abrasan y consumen á los idólatras.

Esta série prodigiosa de hechos no podrían ménos de infundir en vosotros un obsequioso respecto á los Stos. Cosme y Damián viéndolos tan favorecidos del Cielo. Pero, sin duda, serán mayores los sentimientos de piedad y más justos los elogios que se les tributen, cuando reflexioneis, que este esmero de la Providencia fué un premio justamente debido á la santidad y perfeccion de sus vidas. Si el arreglo de sus costumbres, el desempeño de las obligaciones anejas al ministerio en que el Señor los habia colocado, los hacen más acreedores á nuestras alabanzas que el cúmulo de favores que recibieron de Dios, pues mejor es merecer los cariños divinos que experimentarlos. Estas gloriosas acciones debieran servir de materia á mi oracion, si no llegára á conocer, que poniéndoos á la vista todas las que constituyeron su elevado mérito, su panegirico habia de prolongarse por muchas horas; y aún cuando vuestra devocion lo sufriese, la prudencia no podría menos de resistirlo. Por lo tanto, para evitar este escollo, he creído debia ceñirme á mostrar la perfeccion con que ejercitaron su facultad de la medicina, la cual, por sí sola, es suficiente para dar una idea de su santidad, y la más propia para que conozcan por ella mis oyentes, que en el ministerio ó empleo en que se halla el hombre colocado, se ha de labrar el mérito para su felicidad.

Nada diré yo, á este efecto, del cuidado y esmero con que correspondieron fielmente á los vivos deseos que les manifestó su padre, cercano ya á la muerte, de que se hiciesen útiles á la religion y al estado; y queriendo satisfacer á los infatigables desvelos de su madre Teodota, se aplicaron los dos hermanos al estudio de las letras. La inclinacion que á los primeros umbrales de su vida mostraron á la medicina, y el interior impulso que sentian de socorrer por este medio á los necesitados, les hacia comprender la necesidad de un continuo trabajo para ejercitarla. Conocian bien cuán indispensable es, para adquirir esta ciencia, la penetracion de los secretos de la naturaleza, el conocimiento exacto de la filosofia, leyes y reglas de los movimientos sensibles, esencia y propiedades de las alteraciones y fermentaciones; una individual noticia de la composicion y estructura del cuerpo humano, y los oficios de cada una de sus partes; una penetracion de los temperamentos de cada uno de los enfermos, para discernir el humor que domina; una nocion distinta de las virtudes de las plantas, minerales y piedras, que pueden servir de simples para sus composiciones artificiales; un conocimiento no pequeño de la geografia, para distinguir los climas y advertir la situacion de los lugares; debiendo, además de esto, retener en su memoria el con-

junto de enfermedades que pueden más regularmente acometer al hombre, sus complicaciones y sintomas, en todo lo cual debe hallarse enterado el facultativo de medicina, si no quiere gloriarse vanamente del nombre de médico careciendo de su realidad.

Estas verdades, que habian comprendido bien nuestros Santos, los hicieron, no solo velar noche y dia, sin perdonar fatiga para proporcionarse á una facultad tan dificultosa como necesaria á la sociedad, sino que conociendo, que es corto el espacio de esta vida para adquirir la debida ciencia, derramasen sin cesar sus oraciones en presencia del Altísimo para conseguirla. A esto dirigian sus lágrimas; esto solicitaban con sus ayunos; para esto hacian frecuentes limosnas; y este era el único fin de sus votos y deseos. Sumamente acepta á los divinos ojos fué la peticion de Salomon, cuando ofreciendo el Señor concederle cuanto pidiese, solo deseó la ciencia para gobernar su pueblo; y no ménos agradable fué al Altísimo la oracion de los santos Hermanos, cuando pedian aquellos conocimientos indispensables para ejercitarse debidamente en la curacion de los hombres, á que un superior destino los habia dedicado; y como estas oraciones nunca sufren repulsa, comunicándoles un rayo de su divina sabiduria, esclareció sus entendimientos; haciéndolos tan fecundos en los conocimientos naturales, que aún hallándose en los años de su juventud, pudieron sin miedo del error entregarse al ejercicio de su facultad.

Mas ¿de qué manera os parece, fieles, darian principio á su carrera? ¿Seria, acaso, publicando á boca llena su inteligencia, mirando con desprecio á los antiguos profesores? ¿Seria buscando con ansia algun doliente, para hallar en su curacion los medios de engrandecerse y elevarse hasta el trono de la fama? ¡Ah! que esas siniestras intenciones solo pueden tenerlas los que se han establecido por fin y objeto de sus obras el negro y detestable interés. Léjos se hallaba el corazon de los santos Cosme y Damián de tan horrible peste. Como fieles hijos é imitadores de su padre, que era uno de los que llamaban *anargyros*, esto es, *sin dinero*, porque abandonando los bienes y riquezas vivía en la más estrecha observancia de una pobreza evangélica, establecieron por primera regla de su conducta, no dar jamás entrada en su corazon al pernicioso vicio de la avaricia. No ignoraban que esta fiera, en apoderándose del pecho del hombre, le hace olvidar en breve todos los sentimientos de humanidad. ¡Oh, y qué daños tan considerables puede temer la república de un solo profesor de quien se haya apoderado la avaricia! Para apartar de sus pechos esta feroz bestia, resolvieron nuestros Santos ejercitar su arte aún sin aquel interés, que pudieran con razon exigir como paga

justa de su trabajo: priváronse de lo lícito para no incurrir en lo ilícito; carcelieron de lo necesario por no apearse á lo superfluo; despreciaron los regalos; y mirando el oro y plata como polvo de la tierra, se constituyeron en el feliz estado de aquel á quien alaba el Eclesiástico diciendo: Bienaventurado el varón que no anduvo en seguimiento del oro, ni esperó en el dinero y tesoros (1). Un tan generoso desprecio de los intereses del mundo ¿qué frutos no produciría en sus almas? Un vacío tan anchuroso como dejaba en sus corazones el abandono de las riquezas, ¿quién entraría á ocuparlo sino la caridad cristiana? Así nos lo asegura el celebrado Jorge, metropolitano de Nicomedia, cuando elogiando á estos Santos, dice: Del desprecio del dinero nacieron los nobles ramos de la pobreza, un tenor angélico de vida, una pureza brillante de intencion, una castidad olorosa con los unguentos de santidad; una humildad á quien hacia más sobresaliente la modestia, una inagotable fuente de misericordia; finalmente, la caridad, que, como río caudaloso, se extendia por todos los estados y condiciones de las personas de su pueblo (2). Este desprecio hizo, que se abriesen las puertas del Cielo para que lloviesen sobre ellos celestiales gracias; de ahí les dimanaron las riquezas de excelentes dones, aquellas riquezas que su voluntaria pobreza engendró. El deseo de Dios aumentó y congregó en montones la caridad para con sus hermanos. Ésta los hacia contemplar en los enfermos á aquel Señor, que en el fin del mundo promete recompensar á los misericordiosos diciendo: Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está prevenido, porque estando enfermo me visitasteis (3). Si el desinterés los hacia mirar igualmente al príncipe que al vasallo, al noble que al plebeyo, al rico que al pobre, porque á todos graciosamente asistian sin recibir de nadie recompensa; la caridad, como virtud más heroica, elevaba su espíritu para que, atendiendo con preferencia á los más necesitados, cuidasen de su curacion, no como médicos, sino como amigos. Notable es la diferencia que hace Séneca del facultativo que cura como médico y el que cura como amigo. «Solo, dice, debo estar agradecido al médico cuando, no con el arte que vende, sino con su benigna y familiar voluntad, cautivó mi afecto. Si el médico solamente me toma el pulso, me pone en el catálogo de los muchos que tiene que visitar, mandando sin afecto á alguno lo que se ha de hacer ó se debe evitar; nada le debo sino su

(1) ECCL. 31.

(2) IN BIBLIOTH. PP. AD DIEM 23 SEPT. TOM. VIII.

(3) MATTH. XXV.

«paga, porque no me visitó como amigo, sino como á emperador, á quien solo por necesidad se le saluda. Pero debo mostrarme agradecido, si, solicito más por mi salud que por su fama, se paró á considerarme mi enfermedad; si no se contentó con designar los remedios, sino que él mismo los aplicó; si se sentó entre los más cuidadosos y vino á verme en los tiempos más críticos; si no tomó fastidio de visitarme ni oyó con indiferencia mis gemidos; y tanto se entregó á otros negocios, cuanto le permitió mi curacion. A este estoy obligado, no como á médico, sino como amigo (1).» Yo no sabré, fieles míos, daros con mayor perfeccion una idea de la conducta de nuestros gloriosos Santos que la que nos ofrecen esas palabras. Yo registro en ellas pintada al vivo su solicitud. ¿Quién jamás entre sus enfermos pudo quejarse, de no haber sido por ellos consolado? ¿Quién no recibió no solo de sus lábios, sino de sus manos la medicina? ¿Quién en sus mayores apuros, en las horas más críticas, no los tuvo prontos para su socorro? ¿Carece alguno del alimento necesario para sustentarse? Cosme y Damián se lo proporcionan. ¿Hállase otro sin facultades para proveerse de medicinas? Cosme y Damián se las franquean. ¿Mirase algun enfermo destituido del socorro de asistentes? Cosme y Damián se constituyen enfermeros. A todos atienden, á todos consuelan; y con la dulzura de sus palabras hacen llevaderos sus trabajos y aún gustosos sus males, teniéndose por felices de carecer por algun tiempo de la salud por gozar de su amable compañía.

Y si tan solícitos se mostraban de la sanidad del cuerpo, ¿qué os parece harian por la del alma? Miraban á todos los hombres como criaturas de Dios, hijos de un mismo padre y destinados para el goce de una comun felicidad. No hacian distincion del judío, del gentil, ni del cristiano, sino para mirar á éstos como hermanos nacidos del sagrado costado de Jesucristo en el gremio de la Iglesia, y contemplar á aquellos como ovejas extraviadas del redil de su pastor. Aquí los movía la misericordia, para hacerlos entrar en la senda de la justicia; allí los excitaba la piedad, para mantenerlos firmes en la observancia de la ley; y en todos obraba su caridad los más benignos efectos de una humanidad cristiana. ¿Quién está enfermo que yo no enferme con él? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze? decía el apóstol S. Pablo (2); y estos mismos eran los sentimientos de los santos Cosme y Damián: gozábanse en los sanos, entristecíanse con los en-

(1) SENECA, DE BENEFIC. LIB. 4, C. 16.

(2) II COR. 11.

fermos, y hacíanse todos para todos por lograr á todos para el Señor, porque la caridad de Cristo los estimulaba, siendo más activa su llama cuanto más cercanos miraban á la muerte sus enfermos. Pues á la manera que un vigilante pastor, viendo una oveja extrañada próxima á ser infeliz presa de un lobo, que voraz se dirige á despedazarla, dá voces, no sosiega, y precipitadamente corre á ponerla en cobro y seguridad; así nuestros Santos no descansan, no sosiegan hasta ver libres del infernal lobo las almas que, ó por su infidelidad, ó por su relajacion, estaban expuestas á ser desgraciadas presas y cebo de su furia. Por esta causa, apenas presentian el peligro cuando les pronosticaban su fin; y con palabras ardientes, con expresiones vivas dictadas por la caridad, inducian á unos á que recibiesen el bautismo, á otros exhortaban á la confesion de sus pecados, haciéndoles presente, que, por la mayor parte, las enfermedades del cuerpo provienen de las enfermedades del alma; y convenciéndolos de la necesidad indispensable, de prepararse para recibir el suavisimo pan de la Eucaristia, que es el único viático que nos dejó Jesucristo para la eternidad.

Aquí, católicos, no puedo ménos de affligirme; mi corazon se siente traspasado de dolor cuando se le representa la decadencia de este cuidado, que llegó á experimentarse en algunos siglos del cristianismo (y ojalá no tengamos que llorarla en el día de hoy con lágrimas de sangre!), el descuido, digo, de algunos facultativos, que, olvidando uno de los principales deberes de su ministerio por la detestable adulacion, no queriendo angustiar al enfermo, ni dar que sentir á los de su familia, ni les anuncian la gravedad de su dolencia, ni les intiman la debida recepcion de los santos sacramentos, sino tal vez en el tiempo más impropio, en que perturbadas sus potencias nada pueden hacer en el negocio de su salud eterna, que es el más árduo de todos; sin que ni los concilios generales, ni los sumos Pontífices con sus exhortaciones, mandatos y penas basten á contenerlos. San Pio V, despues de haber renovado todas las penas de sus predecesores, impone otras más severas contra el médico, que visitare tercera vez al enfermo en una dolencia grave sin mandarle disponer. ¿Pudieramos persuadirnos, que no se haga caso de estas disposiciones entre médicos cristianos? ¡Oh gloriosos Santos! cuán otra era vuestra solicitud! No os interesaba tanto la salud de los cuerpos como la del alma; y solo por ésta atendiais á aquellos, teniendo presente la doctrina de Jesucristo: que nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma. Pero ¡ah! que una caridad nada interesada sabe bien, despreciando los respetos mun-

danos, observar el orden que prescribe el Evangelio en la práctica de la caridad. Y como ésta animaba el pecho de nuestros Santos, los hacia aprovechar aquellos preciosos instantes, rogando, reprendiendo, instando oportuna é importunamente, para que los enfermos se proporcionasen su salvacion; de suerte, que más parecia ejercitaban el oficio de apóstoles que de médicos. Cuando yo les veo andar apresurados por las calles de la gran ciudad de Egea, buscando á quien socorrer en sus necesidades y ayudar en sus mayores apuros, admiro una caridad superior á la de Abrahán; que si la hospitalidad de éste es recomendada en la sagrada Escritura, porque compasivo recibia los huéspedes que se le presentaban, sirviéndolos y alimentando sus cuerpos, la caridad de los Stos. Cosme y Damián busca por todas partes á los desvalidos para proveerlos de sustento, curar las dolencias de sus cuerpos, y proporcionarles la salud de sus almas. Y así me parece, que registro en estos Santos aquellas dos olivas de que habla S. Juan en su Apocalipsis (1), que por todas partes ván derramando el aceite de su misericordia, y anunciando la verdadera paz de Jesucristo; y aquellos dos candeleros, que luciendo en la presencia del Señor por una caridad ardiente, esparcen rayos para encender en el fuego en que aquellos arden los corazones de todos. Por tanto, no puedo ménos de exclamar con el Eclesiástico, diciendo: Estos son los varones de misericordia, cuyas piedades no han faltado (2). No faltaron para sí, por el cuidado incesante que tuvieron de adornar sus almas con las virtudes; ni faltaron para con sus prójimos, por el desvelo con que ejercitaron con ellos las obras de misericordia; no faltaron ni para el cuerpo ni para el alma, pues, igualmente, socorrian á éstas que á aquéllas: no faltaron, porque si viviendo en la tierra, con su presencia, socorrian los necesitados, reinando con Dios en el Cielo, con su intercesion, nos ayudan y nos animan con su ejemplo á la imitacion.

Estos son, señores facultativos, los patronos que escogieron vuestros antepasados; y aunque lo inculco de mi oracion habrá algun tanto desfigurado la gloria de sus hechos, todavia (como al leon por la huella) se echa de ver, la exactitud con que cumplieron su ministerio; y como por su infatigable estudio, por su singular desinterés y por su ardiente caridad, merecieron la corona de perfectos médicos y patronos de la Medicina. A vista de este ejemplar yo nada tengo que hacer sino exhortaros á que, vistiéndoos del mismo celo

(1) CAP. XI.

(2) CAP. XLIV.

del honor de Dios y bien de los hombres que tuvieron vuestros gloriosos protectores. cuidéis de que todos los individuos de esta facultad sigan sus pisadas. El Cielo y la tierra esperan el gozo de vuestra religiosidad; el Cielo, cuando por el recto cumplimiento de vuestros deberes lograis la salvacion de las almas; la tierra, cuando conseguís el mayor acierto en la curacion de los cuerpos. Ciérrase, pues, la entrada para ser individuo de un cuerpo tan ilustre, á quien, por la perfecta posesion de la ciencia, por el conocido desinterés y por una notoria caridad no acredite ser verdadero imitador de los Stos, Cosme y Damián. De esta manera, los pueblos agradecidos os tributarán accion de gracias, los Santos su proteccion, y Dios el inmortal premio de la gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO DE SAN CORNELIO, PAPA Y MÁRTIR.

*Consummatus in brevi explevit tempora
vixit.*

Con lo poco que vivió, llenó la carrera
de una larga vida.

(SAP. IV, 18.)

Condicion es de todo lo que es acepto á Dios el ser probado, y probado en todos sentidos. La prueba es lo que dá á conocer lo que se vale, lo que se puede, lo que el objeto probado puede prometer de duracion, de solidez, de utilidad. Crió Dios al ángel; y como el ángel estaba destinado á ser jerarquía celestial, necesario fué ser probado. Vino la prueba, y se dió á conocer el ángel Miguel, el cual, con los demás ángeles que le siguieron, salieron acrisolados. ¿Quién como Dios? dijeron; y merecieron ser jerarquía del Cielo. Luzbel y sus secuaces salieron vanos; y el Omnipotente los desechó de su presencia: Luzbel y sus secuaces fueron eternamente condenados.

Crió Dios al hombre; necesario fué probarlo: no salió fiel en la prueba, y fué desterrado del Paraíso. Por un singular privilegio, su pérdida, lejos de ser irreparable, mereció, gracias á la infinita misericordia del Señor, los honores inefables de una divina Redencion. Como cada hombre debía hacerse digno de tan gran beneficio, necesario fué que cada hombre fuese probado; y así, la prueba es el estado normal de la humanidad en general y del hombre en particular.

Vino, en fin, el Mesías prometido, el Verbo Encarnado habitó entre nosotros y fundó su Iglesia. Como la Iglesia debía componerse de hombres, la Iglesia debía ser probada como cuerpo visible en la tierra. Y no solo la Iglesia ha sido probada, sino que sus pruebas han sido mucho más exquisitas en razon de su elevadísima dignidad, de sus destinos eternos. Los tres primeros siglos de la Iglesia

fueron, por decirlo así, los de su formación en el seno que debía darla á luz brillante, á vida pública. Y como ningun sér animado se dá á luz sin dolores, los trabajos, las persecuciones, los dolores de tres siglos precedieron á la paz, á la vida pública de nuestra santa Madre. Y por esto, todo lo que pasó la Iglesia en esa época de dolores, es considerado justamente por ella como lo que le ha procurado el bien y dicha pública de que goza.

El papa S. Cornelio, cuya festividad celebramos hoy, floreció, precisamente, en lo más récio de las persecuciones, en el tiempo más crítico de sus acerbos dolores. Poco tiempo apareció nuestro Santo en la cima del pontificado; pero fué muy fecundo en frutos para la Iglesia, que lo mira como uno de sus más santos Papas. Para fijar vuestra atención sobre lo que resulta de más propio á vuestra edificación espiritual, en lo que tenga que decirnos acerca del Santo, objeto de estos cultos, hé aquí la proposición que formará el asunto de mi discurso: «San Cornelio, en el breve tiempo que ocupó la Silla de S. Pedro, se distinguió por su santidad, su celo y prudencia, haciéndose más ilustre todavía por el martirio.» Para el acierto, etc. *A. M.*

Otro de los más gloriosos títulos que presenta la Iglesia católica, para mostrar y probar al mundo su divina fundación, es: la no interrumpida série de Pontífices romanos. Háse visto la navicilla de Pedro muy combatida de furiosas olas; los vientos amenazaban dar con ella á pique en el inmenso piélago de interminables persecuciones. En muchos periodos de su existencia todo parecía perdido, humanamente hablando, para ella; y la sucesión pontificia ha estado seriamente amenazada muchas veces. Leed la historia de la Iglesia, y no podreis ménos de asombraros, al ver los escollos en que la ha querido hundir el demonio; los precipicios, á cuyo borde la han precipitado las pasiones de los hombres. Meditad despues los medios de que ha echado mano la divina Providencia para sacarla á salvo, y levantarla más brillante y lozana que ántes; y no podreis ménos de postrosaros al pié del trono del Altísimo, cuyas misericordias para nosotros son tan infinitas.

El glorioso papa S. Fabian fué martirizado el 20 de enero del año doscientos y cincuenta. La persecución de Décio continuó tan cruel, que la Iglesia carecía de toda libertad de reunion: la elección de un sucesor á este santo papa se juzgó negocio imposible por entónces, y se difirió la elección pontificia á un momento ménos crítico, que no dejaría de presentar la misericordia divina. Mientras tanto se

nombro como encargado de los negocios del clero romano, y del gobierno de la Iglesia universal á nombre del mismo clero, á un sacerdote respetabilísimo del mismo clero, llamado Cornelio, que es nuestro Santo. Cornelio desplegó tantos talentos en la sábia, solícita y prudente administración de la Iglesia universal, que cuando, un año más tarde, la ausencia del cruel enemigo del cristianismo, el emperador Décio, dejó respirar un poco al clero romano, eligió éste á Cornelio por papa en el año doscientos cincuenta y uno. Toda la Iglesia acogió este nombramiento con la mayor alegría, por la alta idea que en la administración de la Iglesia, durante los diez y seis meses de interregno, había dado de su santidad, prudencia y fortaleza. Todas estas esperanzas no salieron fallidas. Cornelio fué un papa ejemplar, y llenó cumplidamente los sublimes cargos del pontificado romano; tanto más difíciles en aquellas circunstancias, cuanto que el azote del cisma vino á complicar la crítica situación de la Iglesia, hecha blanco de una de las más crueles persecuciones.

Como el papa S. Cornelio fué muy pronto objeto de las calumnias de los mal avenidos con la paz, no será inútil, católicos, os haga una breve reseña de sus circunstancias personales, y de las circunstancias de la época suya. Cornelio había pasado por todos los grados del sacerdocio, ántes de ser elevado al supremo Pontificado. Le habían conciliado el cariño y aprecio de todos los fieles la exactitud, pureza y fidelidad con que había cumplido todos sus cargos: muy léjos de ambicionar nada en la Iglesia, se le vió siempre retirado, humilde, piadoso, huyendo del bullicio de las gentes, y siempre entregado al ejercicio de los cargos que ejerció. Todo el tiempo que le dejaban libre sus oficios eclesiásticos, lo empleaba en asistir á los enfermos, consolar á los encarcelados y prisioneros por la causa de Dios y de su Iglesia. Animaba á los confesores de la fé, exhortaba á los débiles, era el padre de los pobres, el báculo de los ancianos, el amparador de la viuda y del huérfano. Todo esto, cuando era simplemente diácono, ó sacerdote de la Iglesia. Pero lo que más se hizo notar en él fué, una profundísima humildad, y una pureza virginal, que, juntamente con una gran modestia y una tranquilidad constante de espíritu, le habían dado á conocer como un santo y discreto sacerdote. Ya veis, amados míos en el Señor, que la elección del sumo Pontificado no pudo caer en persona más digna.

Una alma tan pura y tan grande tenía que ser probada, para que el Señor manifestase á su Iglesia todos sus quilates, todo su valor. La prueba no tardó en venir; y en esta ocasión sabió del seno mismo de la Iglesia, para que fuese mucho más sensible al corazón de Cor-

nelio. Misterio es, que en esta vida ningún BIEN pueda manifestarse sin que al lado mismo se levante el MAL, que le suscite obstáculos ó impida sus progresos. Aún en las cosas materiales, el trigo no crece sinó con la cizaña: los más fértiles terrenos, ó son enfermizos para la salud, ó presentan cualquier otro inconveniente que neutralice su excesiva bondad. Recorred, en fin, todo ese vasto campo en que aparece el bien, y siempre y en todas partes hallareis á su lado el mal, que ataca á aquél en su raíz, y que siempre brazo á brazo con él, le disputa su dominio. Este hecho es evidente, y no necesito de otras pruebas que la experiencia. El MAL, pues, debía venir á disputar al BIEN su posesión en el terreno de la Iglesia. En medio de los males que habian aquejado á la Esposa del Salvador, y de tantas tribulaciones que habian llovido sobre ella, el demonio habia respetado al ménos á la cabeza de la Iglesia, y ningún cisma la habia afligido hasta entónces. Pero hé aquí que, cuando ménos motivos pudieran aparentemente justificar, si es que jamás se pueda justificar, ni aún en apariencia, uno de los mayores males de la Iglesia, el demonio entra en el corazón de un cristiano tibio, y de un mal sacerdote, llamado Novaciano, que, por desgracia suya y de la Iglesia, tenia apariencias de rigidez y de piedad hipócrita; cualidades que, unidas á su alta reputación de filósofo y de orador, le daban mucho renombre entre el pueblo, demasiado sencillo siempre para distinguir lo verdadero de lo falso, lo aparente de lo real.

La Iglesia, intérprete fiel de las voluntades de nuestro Señor Jesucristo, su divino Esposo, no ha cerrado jamás á ningún pecador, por obstinado y endurecido que sea, el que entre en su gremio por la puerta de una sincera y verdadera penitencia, y que, reconciliado de este modo, participe de nuevo á todos sus derechos perdidos. Esta práctica ha sido inconcusa y sin excepcion. Pero estaba reservado á un mal sacerdote y peor cristiano, el querer enmendar la plana á Dios y á su Iglesia; y Novaciano comenzó á enseñar, que los que á vista de los tormentos habian tenido la debilidad de negar la fé de Jesucristo, no podian ser admitidos de nuevo en la Iglesia. Criticó con mucha dureza al papa S. Cornelio, porque, siguiendo la doctrina de Jesucristo y la práctica constante de la Iglesia, volvía á admitir al gremio de ésta á los lapsos. (Tal era el nombre dado á los débiles que negaban por miedo la fé). Ilizose Novaciano un pequeño partido para combatir al Pontífice; y se animó más con la presencia de Novato, presbítero corrompido y pernicioso por todos estilos, natural de Cartago, ó al ménos antiguo miembro del clero de Cartago, de donde habia sido arrojado y excomulgado por S. Cipriano. Como de

un error caminamos á otro quizás mayor, estos dos corifeos del primer cisma que ha existido en Roma, no solamente se declararon contrarios al papa S. Cornelio, sinó que comenzaron á propagar doctrinas heréticas, sobre que la Iglesia no habia recibido de Dios potestad para absolver el pecado de apostasia: la cual máxima se hizo extensiva por los discípulos de Novato á los delitos de homicidio y fornicacion; condenando además las segundas nupcias. Novaciano sedujo á tres obispos, y éstos le consagraron para la silla Romana; pero solo fué reconocido por los herejes. Este es el primer cisma que Roma vió en su Pontificado supremo. Ya lo veis, amados míos en el Señor; nada hay bastante sagrado en donde no trate Satanás de poner su mano impura, para afear y destruir, si pudiera; y desde que se atrevió en el Cielo con Dios, de temer era que, más tarde ó más temprano, pusiese su mano impura hasta en lo más elevado de la tierra. San Cornelio, si bien deploró amargamente el escándalo dado al pueblo cristiano de Roma por Novaciano y sus secuaces, tomó empero todas las medidas que su celo por la Iglesia y su prudencia sacerdotal le inspiraron. Convocó en Roma un concilio de sesenta obispos, y en este sínodo se confirmaron todos los cánones que mandaban, fueran recibidos en el seno de la Iglesia los apóstatas, que, arrepentidos de su delito, solicitaban su reconciliacion y absolucion, sujetándose á las penitencias que los mismos cánones prescribían.

Católicos, no quiero pasar adelante sin haceros una pequeña reflexion, acerca de la conducta de los herejes y de todos los enemigos de la Iglesia. Notad bien, que todos ellos se han cubierto con el manto de la hipocresía para clavar el puñal en el corazón de su madre, y pretender subrogarse en su lugar. Comparad el mal sacerdote Novaciano, y su todavia más pérido compañero Novato, con el esclarecido papa, objeto de estos cultos. Los vicios y los malos antecedenentes de aquéllos eran patentes, y no podian ocultarse á los verdaderos fieles. Las virtudes y el glorioso renombre de Cornelio resonaban por todo el órbe cristiano. Novaciano habia sido admitido por gracia en el clero romano, y Novato, fugitivo de Cartago, habia recibido en Roma una hospitalidad, que los sucesos han hecho ver que de ningún modo la merecía. Cornelio, clérigo santísimo en sus costumbres desde las primeras órdenes sagradas, sacerdote ejemplarísimo, pontífice prudente, ilustrado y celosísimo, habia sido unánimemente elegido para el primer cargo por sus mismos compañeros, y por los prelados que debían tener parte en la eleccion, segun derecho. Ahí tenéis, católicos, los dos términos de la comparacion: de un lado, dos protervos, dos ambiciosos, dos revoltosos; del otro, un santo pontifi-

ce acatado y venerado portoda la Iglesia. ¡Y sin embargo, aquéllos pretex-
tan el celo por la disciplina eclesiástica! aquéllos juzgan indignos
de la católica reconciliación á los desgraciados *lapsos* por debilidad!
Así son las cosas de Satanás: trasformase en ángel de luz, y no es
más que tinieblas; inspira á los desgraciados, que se hacen viles ins-
trumentos suyos, deseos de reforma, correccion de abusos; todo les
parece poco puro, todo les parece poco santo, nada les satisface; en
todo quieren introducir novedades peligrosas, en todo siembran la
discordia. Por defuera, hipocresia, manto de religion, la honra de
Dios; por dentro, soberbia, rebeldia, apostasia, envidia, satisfaccion
de sus criminales venganzas y deseos. Tales son, tales han sido, y
tales serán hasta la consumacion del mundo los herejes, y todos los
hijos malos y descarriados de la Iglesia. Leed la historia, y la impar-
cialidad, haciéndoos jueces integros y nada prevenidos, os obligará á
condenar á los enemigos de la santa Silla apostólica romana, contra
la cual jamás prevalecerán las puertas del Infierno. Diez y seis siglos
de maldicion y de oprobio han seguido á la desgraciada muerte de
esos dos cismáticos y heresiarcas; diez y seis siglos de bendicion y
de gloria se han seguido á la muerte ilustre de S. Cornelio.

Os he presentado una de las faces del mal que aquejaba á la Igle-
sia en tiempo del glorioso S. Cornelio, á saber: la faz que mira á lo
interior de ésta; el cisma y la herejia. Mas por de fuera el mal no era
menor, puesto que la persecucion de Déció continuaba devastando la
Iglesia. En los primeros años de su pontificado, nuestro Santo no
experimentó una persecucion directa contra su persona. Pero ¿cómo
no habia de sentir vivamente el celoso y santo pontífice los males de
la persecucion en las otras provincias del imperio? Cornelio, pues,
lleno de apostólica solicitud por su rebaño universal, no cesaba de
consolar á unos, fortalecer á otros; escribir á los confesores de la fé
animándolos al combate. El mismo Santo no rehusó el comparecer
ante el tirano, aún antes del glorioso martirio que coronó su vida.
¡Ah! ¡y cuántas veces suspiraba por dar su vida en defensa de la fé!
Cornelio fué, pues, mártir desde que fué pontífice, mártir en el co-
razon, preparándose así el verdadero y real martirio que más tarde
le esperaba.

Cuando el fuego del amor de nuestro Señor Jesucristo hierve en
nuestro pecho, ¿qué le hacen los tormentos, los suplicios, la muerte
misma? A dentro está, por dentro anda, dándole fuerzas el autor de la
vida, y ¿querreis que el mártir tema la muerte? El papa S. Cornelio
sabia muy bien, que el buen Pastor dá la vida por sus ovejas. Pas-
tor fiel y hecho á la medida del Príncipe de los pastores, Jesucristo,

S. Cornelio deseaba ardentemente derramar su sangre por su Igle-
sia. Vivía continuamente preparado al martirio; y toda su solicitud
principal giraba, no sobre su persona privada, sino sobre la Iglesia
universal, cuya santa union trató de estrechar más y más, especial-
mente entre las iglesias del Africa entre sí y con la de Roma: testigo
de ello las Epístolas escritas por S. Cipriano al clero romano, y por
éste al santo primado del Africa. Llegó, por fin, el momento deseado
tanto tiempo hacia por nuestro Santo. Galo, sucesor de Décio, re-
nueva la persecucion contra la Iglesia en el año tercero del pontifi-
cado de Cornelio. Cuando se reflexiona sobre lo que, comunmente, ha
dado origen á las persecuciones, se advierte que, por lo general, éstas
se han suscitado contra la Iglesia, ó por una impía y sacrilega preten-
sion de los emperadores á la divinidad, ó por un fanatismo ciego, ó,
muy frecuentemente, por una calumnia movida contra los cristianos.
Preciso es que el enemigo declarado de Dios se dé á conocer por sus
obras; y como el demonio es lo más enemigo que se puede imaginar
de la verdad y de Dios, la mentira y el ultraje á la divinidad han sido
los dos más frecuentes motivos de persecucion. Las formas con que
se revistan pueden ser tan especiosas como se quiera; en el fondo
solo se hallarán estos dos motivos: «Calumnia, sacrilegio.» Aconte-
ció en el año 252 una peste asoladora en Italia y varias provincias
del imperio romano. No logrando los gentiles hacer cesar el azote, á
pesar de tantos sacrificios como ofrecian á sus dioses, el demonio
puso en boca de sus sacerdotes el decir al emperador, que la causa
de la peste era, que los dioses del imperio estaban irritados por la
impunidad con que, desde algun tiempo, se permitia y toleraba á los
cristianos el ejercicio de su religion. Y que si se queria que los dio-
ses se aplacasen, era necesario que principiase una nueva y san-
grienta persecucion contra ellos. Este pretexto, evidentemente su-
puesto, bastó y sobró para que el emperador Galo decretase la
persecucion contra la Iglesia. Mandó prender á S. Cornelio, y tras-
portarlo de Roma á Civitavechia. El Santo, así que se vio preso, cono-
ció que su martirio estaba muy próximo, y aprovechaba todas las
ocasiones que se le presentaban para escribir á unos y á otros, y, so-
bre todo, para fortalecer con su ejemplo á los débiles.

Estando en la cárcel y en su destierro, hizo muchas conversiones,
y bautizaba á muchos infieles, que de todas partes acudian al lugar
de su destierro. La correspondencia entre S. Cipriano y S. Cornelio,
muy seguida y muy célebre, dió que sospechar á los emperadores, y
echaban siempre á mala parte una correspondencia la más ajena de
negocios temporales, y en que solo se trataban puntos de disciplina

eclesiástica, y el arreo de diferentes controversias; que ambos hombres ilustres trataban de dirimir para el bien de la Iglesia y la pureza de la doctrina. Según las antiguas tradiciones de la santa Iglesia, S. Cornelio fué desterrado á Civitavechia con los diáconos y subdiáconos que le ayudaban en la administracion y servicio de la Iglesia en Roma, y fué entregado á la custodia del centurion Cereal; pero el centurion quedó admirado de la santidad de su ilustre prisionero; veiale obrar muchos prodigios aún á favor de sus enemigos. Esta conducta tan heroica, junto con la mansedumbre y la dulzura de trato de S. Cornelio, cautivaron el corazon de Cereal: instruyóse en secreto por S. Cornelio, se convirtió á la fé, y fué bautizado. Hecho, pues, ya cristiano Cereal, suplicó al santo Pontífice fuese á su casa, en donde su mujer yacia parálitica quince años hacia. El Santo, acompañado de dos sacerdotes y de un clérigo lector, se presentó en la casa del dicho Cereal. Puesto en oracion dijo: Señor Dios, que os dignasteis venir al mundo para salvarnos, levantad á esta vuestra sierva estropeada, y enderezada. Y luego, tomando de la mano á la parálitica Salustia, con fuerte voz le dijo: «En nombre de nuestro Señor Jesucristo Nazareno, levántate, y marcha por tu pié.» Salustia, levantándose, y viéndose milagrosamente curada, dijo á S. Cornelio: Cristo es Dios, é Hijo de Dios; eréolo así de todo mi corazon. Conjurote por el mismo Señor, que me bautizes. Inmediatamente S. Cornelio hizo traer agua, y bautizó á Salustia, con todos los soldados que le custodiaban, los cuales se convirtieron á la fé, á vista del milagro obrado en Salustia.

Llegó á noticia del emperador este suceso, y al dia siguiente lo mandó conducir á Roma, en donde le propuso incensar al idolo del dios Marte. Nuestro Santo respondió con entereza, que esos honores solo eran debidos á Dios, y que no podian hacerse á una estatua de barro, á un simulacro del demonio. El tirano mandó decapitarlo; y en el 16 de setiembre presentó con magnánima generosidad su cerviz al verdugo, y logró recibir la palma del martirio, coronando así una vida santísima y un pontificado, que, aunque corto, fué muy ilustre para la Iglesia.

Amados oyentes; por el sucinto relato que acabo de hacer os de la vida y martirio de nuestro S. Cornelio, queda bien justificada la proposicion que senté al frente de mi discurso, á saber: que «Nuestro ilustre Santo, en el breve tiempo que ocupó la Silla de S. Pedro, se distinguió por su santidad, por su celo y por su prudencia, haciéndose más ilustre todavía por el martirio.» La grande, la importantísima enseñanza práctica que resulta para nosotros, y que someto á

vuestra seria y profunda meditacion, es: que debemos aprovechar el tiempo y emplearlo todo con celo y actividad en el amor y servicio de nuestro Dios. Todo lo de este mundo no es más que sombra, y sombra que pasa con rapidez. Los momentos son preciosísimos; y los que pasan vuelan y no vuelven más. No la vida larga, sino la vida santa hacen al hombre santo. Rescatemos el tiempo perdido con un nuevo tiempo empleado en la penitencia, en la enmienda de costumbres, en servir á Dios en el estado y circunstancias en que su divina providencia se ha dignado colocarnos. Así, y solo así, hallaremos los dias llenos de buenas obras, llenos de méritos, llenos de virtudes. La ancianidad de la virtud nos dice el Sábio, no consiste en la longevidad, no se cuenta por el número de los años. La sensatez constituye en el hombre su ancianidad en la virtud; y ésta no es otra cosa que una vida sin mancha. El glorioso S. Cornelio, papa, nos presenta un testimonio vivo de esta verdad: no murió anciano; ejerció el pontificado romano solo dos años; pero estos dos años fueron muy llenos para él.

Glorioso Santo, que supisteis llenar tan bien el tiempo que se os concedió de vida, pedid al Señor por nosotros, para que se digne inspirarnos un santo aprecio del tiempo, á fin de que siempre vivamos, como vos, prevenidos para el terrible momento de ser llamados á juicio. Alcanzadnos del Señor, sobre todo, la caridad y union entre todos nosotros, la pureza de costumbres, y la fortaleza, para combatir valerosamente contra los enemigos de nuestra alma; y que muramos mil veces ántes que faltar á lo que el Señor nos ordena; que conservemos íntegro, y sano, y puro, el depósito sagrado de la fé; que en nuestros corazones arda constantemente el fuego del divino amor; á fin de que, cuando el celestial Esposo nos llame á las bodas celestiales, encuentre alumbrada la lámpara de nuestra fé, encendido el fuego de nuestra caridad; y que así merezcamos ser admitidos en su compañía para cantar sus alabanzas en la Gloria. *Amén.*